

Katarzyna Puzyńska

MÁS ROJO
SANGRE

Traducción:

AMELIA SERRALLER CALVO y ANA QUINTARIO SANTIAGO



MAEVA | NOIR

Prólogo

Lipowo. Lunes, 29 de julio de 2013

Daria Kozłowska empaquetó sus cosas en una pequeña mochila de color oscuro. Se sentía ligera. Ya había tomado una decisión y no tenía intención de cambiarla. Y eso le daba fuerzas renovadas. Empezó a ascender las escaleras de hormigón. Saltaba varios peldaños a la vez, canturreando silenciosamente, como para sí misma. Por primera vez desde hacía un mes (si es que no había perdido ya la noción del tiempo), las lágrimas no se le agolpaban en los ojos. Lo cual indicaba que estaba feliz.

–Daria, espera –la llamó desde abajo Beata Wesolowska.

Daria se detuvo a mitad de la escalera. No le apetecía hablar con Beata. Y menos después de todo lo que había pasado. Mientras sentía cómo una ira creciente se apoderaba de ella, tuvo lástima de sí misma. No obstante, tenía la esperanza de que pronto fuera capaz de olvidar.

–¿De qué se trata? –preguntó de todos modos.

Así había sido educada. No se debe ignorar a los demás. Hay que tratarlos con respeto. A cualquiera, incluso a esa ratera.

–Yo también vuelvo a casa. ¿Por qué no vamos juntas? –propuso Beata.

–Tengo prisa –repuso Daria fríamente.

No le apetecía lo más mínimo charlar con Beata. Además, era cierto que tenía prisa. Quería visitar a sus padres y luego correr un rato por el bosque. Ese era un gran día, ya no volvería más por allí. Quería celebrarlo de alguna forma, así que continuó subiendo por la escalera.

Beata Wesolowska la siguió con premura, pisándole los talones. Parecía que sí que le importaba que mantuvieran una conversación.

—Oye, tengo que pedirte perdón por lo que ha pasado —dijo—. Yo no quería que las cosas salieran así. Pensé que solo sería una vez, pero luego... Tú ya me entiendes.

¿Disculpas? ¿En boca de Beata? ¡Quién lo iba a decir! Daria se encogió de hombros. No creía a su amiga, ni siquiera un ápice. Wesolowska no se arrepentía de nada. De nada. Jamás. Así era su carácter.



PRIMERA PARTE



1

Varsovia, diciembre de 2008

Se llama Renata Krawczyk, aunque yo aún lo desconozco. Me enteraré después, por los periódicos. Es prostituta. Quizá también heroinómana. Puedo ver las típicas secuelas sobre su cuerpo cuando se quita la cazadora de piel de imitación. De una pésima imitación. ¿Qué animal podría tener la piel de color rosa chillón? Esta idea, pasados los años, me parece incluso divertida. Conque piel rosa. Además de unas largas botas blancas y un minivestido audazmente corto sobre un cuerpo escuálido. El cuadro lo completan unos ojos amaratados y un cabello graso.

El cabello.

De eso habrá que encargarse luego. El cabello es lo más importante y, en consecuencia, tengo que actuar de acuerdo con el plan. No puedo perder de vista los próximos pasos que me conducirán indefectiblemente hasta el objetivo.

Así que se trata de Renata Krawczyk. Tengo tres días escasos para seguirla y asesinarla. Con eso bastará. A decir verdad, podría haber sido cualquier otra, pero es que ella fue idónea desde el principio. Llevo en el bolsillo una minúscula foto del Cuadro. De alguna manera, esta mísera mujer es hasta parecida a su efigie, es decir, a la primera de las cinco figuras. Aunque probablemente nadie repararía en ello de inmediato, todo lo contrario, habría que mirar con detenimiento. Ir más allá del grueso trazo del Maestro para divisar el rostro, auténticamente humano. No me sobra el tiempo, pero no está nada mal planeado. Por eso siento desde el principio que lo voy a conseguir. Creo en mí.

De modo que ya tengo a la víctima y, llegado el caso, tengo también al asesino. Tan solo que, a decir verdad, actuaré yo en su

nombre, aunque nadie se va a enterar. Ya me encargaré de eso. El plan está magníficamente trazado, paso a paso, planeado hasta el más mínimo detalle. Y eso es lo principal, porque suele ocurrir que los detalles más nimios resultan decisivos para el éxito final de la empresa. Lo analizo todo varias veces y finalmente me doy cuenta de que no es posible que alguien relacione la muerte de Renata Krawczyk conmigo. Y esa idea me tranquiliza.

Ya tengo las herramientas imprescindibles en mi mochila. Un arma de electrochoque, un cuchillo de caza, tijeras, una cuerda y una bolsita de plástico para el pelo. No son muchas, pero sí el número exacto que preciso. También tengo un chándal negro, muy cómodo, para que nada dificulte mis movimientos durante la tarea. Si alguien pregunta, siempre podré decir que estoy corriendo. Una pequeña mentira... ¡más que eficaz!

El asesinato. No sé exactamente qué esperar. ¿Cómo voy a asesinarla? No es la sangre, sino esa pregunta, lo que aparentemente corre por mis venas y presiona mis sienes, latiendo en lugar del corazón. Así ha sido desde el momento en que reparé en ella. Por el momento aún respira. ¿Cómo voy a asesinarla? ¿Y si ha hecho planes para mañana? ¿O es que las de su clase jamás planean nada? ¿Acaso no viven de un día para otro, al minuto? Pero ninguna de esas preguntas significa nada.

Por fin llegó el día.

Desde por la mañana un ánimo enérgico me embarga, como aquellos que acompañan los momentos más importantes de la vida. Porque este es, ciertamente, el instante más importante de mi vida. Hoy cometeré un asesinato por primera vez.

A duras penas me concentro en lo que debo hacer en el trabajo a lo largo del día. Sin embargo, no creo que nadie haya percibido nada. A pesar de la fe en el éxito del plan, aparece el estrés.

Al fin y al cabo es mi primera vez. Nadie ha muerto antes a manos mías. En una situación así, el estrés es de lo más normal, me digo.

Por la tarde acabo mi jornada y sé que enseguida me lanzaré a la calle tras ella. Siento cómo la sangre corre por mis venas sin dejar espacio a preguntas innecesarias. Mi sistema nervioso empieza a segregarse adrenalina, la hormona del miedo, la huida y la lucha. Bajo

su efecto se me dilatan las pupilas y el corazón se me dispara aún más. Me convierto en un soldado dispuesto para la batalla.

Me visto con el chándal y salgo a hurtadillas de la estancia. Nadie me presta atención, de hecho, solo voy a correr. Y, en efecto, al principio corro, sin apresurarme, como si fuese un calentamiento. En cierto sentido lo es, intento hacer todos los estiramientos posibles, como se hace en estos casos. Controlo la respiración. Por si acaso, palpo el bolsillo de la mochila. El arma de electrochoque está en su sitio, no se ha caído ni se ha esfumado. Fue fácil conseguirla, no hubo problemas. Esto me resulta divertido, incluso sonrío un rato. Un peatón me devuelve la sonrisa, aunque no entienda la situación, y eso me insufla coraje.

Corro hacia la calle en la que normalmente ella espera a los clientes. Llego temprano con la esperanza de que aún no haya encontrado a nadie. Aminoro el paso y empiezo a andar normalmente. Ya no es tiempo para carreras. Sobre el pavimento se acumulan pilas de nieve sucia. Me concentro en ellas y calmo la respiración. Renata Krawczyk no puede descubrir para qué he venido realmente.

Ya estoy muy cerca. Mi mano empuña el arma de electrochoque, pero no la puedo usar todavía, tengo que conducirla a un lugar solitario. Conozco un poco Varsovia y ya tengo localizados los sitios idóneos. Ahora basta con convencer a Renata de que se venga conmigo, algo que no será difícil, pues al fin y al cabo es una puta.

–Hola –le digo amigablemente, pero sin especial insistencia.

–¿Y bien? –responde provocativa.

–¿Quieres ganar algo de dinero? –pregunto en un tono conciliatorio. Y mi mirada dice: estamos en tu terreno. Esto es lo tuyo. No tienes nada que temer.

La mujer me lanza una mirada crítica. Quizá evalúa si realmente tiene una oportunidad de ganar dinero. Deduzco que no me asemejo al prototipo de cliente, así que no está segura. Finalmente, sin embargo, asiente con la cabeza. No me extraña, parece hambrienta, necesita el dinero.

Al mismo tiempo, yo también la observo y la evalúo. Hoy su cabello no está tan graso como los últimos días, ha debido de lavárselo. Tanto mejor para mí.

–Conozco un buen sitio –dice finalmente, y avanza por la calle.
–Sé de otro mejor –respondo con una leve insistencia.

Entonces ella agita los brazos intranquila. Quiere el dinero ya. Le enseño un fajo de billetes, pero no pago. Veo la avidez en sus ojos. Llevo más dinero conmigo que el que cualquier otro cliente le daría. Lo más seguro es que mentalmente lo esté calculando en dosis de heroína. Acaba sonriendo con satisfacción, está de acuerdo con el resultado de esa equivalencia.

Andamos por las calles vacías. Esa parte de la ciudad no es demasiado popular. Las farolas iluminan la oscuridad invernal. A decir verdad, debería tener frío con este chándal tan fino, pero siento cómo las gotas de sudor me recorren la espalda. Vuelven los interrogantes y se agolpan otra vez en mi cabeza. No sé qué es lo que puedo esperar. ¿Cómo la asesinaré? ¿Lo voy a disfrutar? De nuevo intento respirar hondo.

Finalmente llegamos al sitio indicado. Se trata de un edificio en ruinas que será demolido en breve. Le indico con la cabeza que se adelante. De nuevo Renata Krawczyk parece insegura, así que le muestro el manojito de billetes y sonrío amigablemente. La convengo con la expresión de mi rostro de que conmigo no tiene nada que temer. Nada en absoluto.

Ella se da la vuelta.

Saco el arma de electrochoque.

Aprieto el botón.

La prostituta cae al suelo ante el impacto de la corriente.

Centenares de miles de voltios de baja intensidad se descargan sobre sus músculos y la paralizan momentáneamente. Por sí solos no la matarán, pero me facilitarán enormemente el trabajo.

Empiezo cortándole el pelo. No quiero que se le ensucie con sangre. Cuando el pelo está ya a salvo, me embarga un estado de ánimo aún más alegre. Ha llegado el momento de que nos presentemos de manera oficial, antes del gran final. De momento no tengo público, pero solo es cuestión de tiempo. Pronto alguien encontrará su cuerpo, soy consciente de ello. Y a partir de ahí se pondrá en marcha el resto de mi plan.

Empuño el cuchillo de cazador. Lo balanceo un instante de mano a mano, no sé por cuál decidirme. Izquierda, derecha, izquierda,

derecha, izquierda. Al final le rajo el pecho con una incisión en forma de cruz. Contemplo atentamente el cuchillo para valorar si resulta demasiado pequeño. Quiero que ese mensaje parezca la clave, que nadie pueda pasarlo por alto, sobre todo la policía. Quiero conducirlos por una senda mientras yo tomo la que va en sentido contrario. Gracias a eso no me pillarán.

Sigo trabajando. La cruz en el pecho de la prostituta se hace cada vez más grande. Alrededor todo se llena de sangre, mucha más de la que hubiese podido imaginar. Intento no ensuciarme la ropa ni el calzado. No dejaré ninguna huella. Llevo guantes, así que eso no me preocupa.

Cuando mi obra está lista, le rebano la garganta. Me parece que así actuaba el más célebre asesino de prostitutas, Kuba Rozpruwacz. Y yo puedo estar a su altura. ¿Por qué no? A la gente le gusta. Salto sobre la corriente de sangre.

Yace sin vida.

Todo ha terminado, pero no puedo abandonar la escena. Su cuerpo inerte me hipnotiza. No puedo apartar los ojos de él. Me quito los guantes y los guardo a cámara lenta en el bolsillo, todo con tal de retrasar el momento de dejarla aquí sola.

Finalmente salgo de ese extraño estado de letargo.

Introduzco los cabellos en la bolsa de plástico. Con cuidado, casi con devoción. Serán parte de mi Obra. Recojo las herramientas una a una. Coloco todo de nuevo en la mochila, me la echo al hombro y salgo del edificio. Me rodea la fría oscuridad de una noche de diciembre.

Siento una extraña fuerza en mi interior.

Como si nadie pudiera vencerme jamás.

Jamás.

Soy yo quien decide sobre su vida, soy yo quien decide sobre su muerte.

Y pronto aparecerá mi Obra.

2

*Lipowo, colonia Żabie Doły y Brodnica.
Miércoles, 31 de julio de 2013, antes del mediodía*

El inspector Daniel Podgórski se levantó extraordinariamente descansado. El calor sofocante que reinaba en las últimas semanas de julio había remitido de manera considerable, y por fin se podía respirar a pleno pulmón. Constituía un cambio agradable tras aquellos días al rojo vivo, en los que recorrer el corto trayecto de casa a la comisaría no era un desafío cualquiera. Y no solo para Daniel. La gente de Lipowo se quejaba del calor, al igual que se quejaba de las lluvias o de la nieve. Como siempre.

Weronika Nowakowska se movió en sueños. Daniel Podgórski sonrió con ternura. Eran pareja desde hacía varios meses, y el policía no acababa de creerse su suerte. Cuando, meses atrás, la joven psicóloga había llegado de Varsovia, Daniel jamás habría supuesto que los uniría el afecto. O mejor habría que decir que interiormente se sintió reconfortado, ya que nunca habría creído que ella quisiese estar con un policía provinciano y demasiado rollizo. Eso sí, inspector jefe de la comisaría de Lipowo. Pero no es que eso cambiase mucho el panorama, porque la pelirroja Weronika estaba acostumbrada a los estándares varsovianos. A decir verdad, dichos estándares no acababan de concretarse en la cabeza de Daniel, pero Podgórski sospechaba que podían guardar relación con trajes de marca y la mítica tableta masculina. Esto es, algo que él no alcanzaría jamás.

A pesar de esta constatación un tanto pesimista, sonrió para sí mismo. No podía negar que en esos momentos tenía todo lo que necesitaba. Le encantaba su trabajo en la comisaría del tranquilo Lipowo, y con Weronika todo marchaba bien. ¿Qué más podía pedir? Un puesto en la policía criminal, se le pasó por la cabeza. En

Brodnica, o quizá incluso en Varsovia: un sueño inalcanzable del que se avergonzaba delante de sus amigos. El último invierno había podido comprobar cómo podía ser aquel trabajo. Daniel suspiró y ahuyentó los pensamientos que no eran bienvenidos. Hay que tener cuidado con lo que uno desea, se reprochó para sus adentros. Desde el último invierno, cuando en Lipowo habían tenido lugar todos aquellos macabros sucesos, prefería tenerlo presente. Hay que tener cuidado con lo que uno desea.

Weronika abrió los ojos y se retiró los mechones rojizos enredados de la cara.

—¿Te levantas ya? —preguntó un tanto distraídamente.

—Sí, todavía tengo que pasar por casa a recoger el uniforme —le recordó—. Y después tengo que ir a la comisaría sin perder tiempo. No debería llegar tarde por costumbre.

Desde hacía varios meses, Weronika y Daniel vivían juntos en una antigua villa propiedad de Nowakowska. «Realmente» era un buen término, reconoció Podgórski. Nunca lo habían acordado. Ocurrió sin pretenderlo. Pasó en algún momento, entre que Daniel dejó el cepillo de dientes en el baño de Weronika y después varias prendas en su armario. ¿O quizá fueron aquellos discos con la música favorita de Daniel? Él mismo no estaba seguro.

Realmente vivían juntos. En cualquier caso, Podgórski pasaba más tiempo en la pequeña villa de Weronika que entre sus propias cuatro paredes. Oficialmente, sin embargo, vivía en el sótano de la casa de su madre, y allí también tenía la mayoría de sus cosas. La lógica aconsejaba llevarlas a casa de Weronika. Ciertamente, todo sería más fácil si Daniel no tuviera que volar cada mañana a casa de su madre a buscar un uniforme limpio antes de ir a trabajar.

Sin embargo, trasladar las cosas significaría una declaración formal, y probablemente ninguno de los dos estaba preparado para eso. Especialmente Weronika, pensó Daniel. Lo suyo era otra historia. Apenas hacía unos meses que Weronika se había divorciado de un marido infiel. Por eso Podgórski tenía miedo a presionarla. No quería asustarla sin necesidad.

Reconocía que las cosas entre ellos habían ido bastante rápido. Más de lo que habría podido suponer. Y desde luego más rápido que lo acostumbrado en Lipowo. Allí, para todo se necesitaba el tiempo

necesario, que no era poco. Primero venían los largos acercamientos, luego las citas inocentes, después el período de compromiso y, finalmente, la boda. Al menos oficialmente. En Lipowo era importante mantener las apariencias. Le gustara o no, Podgórski tenía que reconocer que las apariencias aportaban cierto orden al pueblo.

El sentimiento que unía a Weronika y a Daniel se convirtió durante algún tiempo en objeto de los cotilleos en Lipowo. Nada extraño, el cotilleo era el deporte favorito de sus habitantes. En Lipowo nunca se había podido ocultar nada. No a largo plazo. Así al menos lo habían creído todos hasta entonces. Los sucesos del pasado invierno demostraron lo equivocados que estaban. Podgórski ahuyentó esos pensamientos no deseados. El olor del bosque entró por la ventana abierta mientras los pájaros cantaban. Los asesinatos macabros no eran precisamente lo que deseaba recordar en aquella hermosa mañana estival.

Besó delicadamente a Weronika. Ella sonrió de forma un tanto maliciosa, mientras sus ojos azules resplandecían. Aparentemente, todo discurría como siempre, pero Daniel notó como si Weronika lo evitara. Su teléfono sonó de repente, interrumpiendo sus pensamientos. Será simplemente que estoy susceptible, pensó Daniel.

–Inspector Daniel Podgórski, comisaría de policía de Lipowo –se presentó automáticamente.

Maria Podgórska no solo compartía con él la casa, sino que también trabajaba junto a su hijo en la comisaría de Lipowo. La anciana señora cumplía los roles de recepcionista, secretaria, organizadora y distribuidora de hornadas de bollos caseros. Para admiración general de los policías y perdición de Daniel, que tenía que comprar pantalones de una talla más.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó Podgórski, vistiéndose rápidamente.

Igor, el golden retriever de Weronika, se puso en pie de un salto. Probablemente pensaba que las prisas de Daniel eran una invitación a jugar. La cola del perro bailaba enérgicamente a su alrededor.

Maria Podgórska suspiró profundamente. Daniel acercó el auricular a su oído con firmeza.

–Brodnica ya está en el lugar de los hechos –dijo la madre, bajando la voz, como si temiese que alguien los estuviese escuchando—. Los de la criminal, tú ya me entiendes.

La comisaría de Lipowo dependía de la Comandancia Provincial de Brodnica. El hecho de que la policía criminal de la ciudad hubiese llegado con tanta rapidez no presagiaba nada bueno.

–Se ha cometido un asesinato –dijo Maria Podgórska.

Eryk Żukowski entró en su despacho y cerró cuidadosamente la puerta tras de sí. En la parte superior había cristales y Eryk siempre había tenido cierto miedo a romperlos accidentalmente. Era el director del colegio de la colonia Żabie Doły desde hacía quince años, y consideraba que había dedicado muchos esfuerzos a aquel centro y a la educación de los muchachos de la zona. Aprovechaba cada instante de su mandato, tal y como se refería en broma a su autoridad incuestionable cuando presidía su mesa de director. No desperdiciaba ni un minuto.

Żukowski se sentó y desplegó varios documentos. Adoraba cuando a su alrededor reinaba un orden impecable. Creía que así uno pensaba mejor. Intentaba transmitir a su hijo esa verdad de la vida, pero sobre todo a los alumnos de la escuela de Żabie Doły.

Eryk prestó bastante atención a los papeles. En realidad, no deberían estar allí en absoluto. En su despacho cada hoja tenía su sitio, su archivador específico, y a ser posible, debía ir firmada con un rotulador del color correspondiente. De esta forma se evitaba perder el tiempo en búsquedas inútiles y, la mayoría de las veces, estériles. El director de la escuela de Żabie Doły sujetó los documentos. Se referían fundamentalmente a Cogito Ergo Sum, y al niño recién incorporado.

Cogito Ergo Sum era una especie de organización caritativa que tenía como tarea promocionar la educación superior en la región. Eryk Żukowski formaba parte de ella. Sonaba grandilocuente, pero se trataba simplemente de unificar el nivel de enseñanza. El director del colegio quería que todos los niños de la colonia Żabie Doły, de Lipowo (que se encontraba al otro lado del lago), y de los alrededores tuviesen las mismas posibilidades de conseguir plaza en la

universidad que los habitantes de Varsovia o de cualquier otra ciudad grande.

La organización funcionaba con bastante eficiencia, pensó Eryk Żukowski, satisfecho. Como todo lo que caía en sus manos. Sin embargo, en alguna parte trasera de su cabeza le aleteaba el pensamiento de que había un aspecto de su vida en el que no había tenido éxito. El director lo ahuyentó rápidamente. No quería estropear su imagen, ni siquiera ante sí mismo.

Se mesó el cabello, que llevaba más bien largo. Tenía la piel de las palmas de las manos destrozada a causa de los compuestos químicos que preparaba para sus alumnos durante las clases. Aparte de sus obligaciones como director, el liderazgo en la organización caritativa Cogito Ergo Sum y su activa participación en la misma, Żukowski era también biólogo, físico y químico. Era consciente de que le dedicaba bastante tiempo al trabajo, pero opinaba que nadie lo haría mejor que él, y se sentía más tranquilo controlando lo que sucedía a su alrededor.

Eryk Żukowski quería lo mejor para los jóvenes de Żabie Doły, y seguramente los alumnos lo apreciaban. Lo llamaban cariñosamente Żuk, escarabajo, y lo consideraban como una especie de amigo mayor. Al director de la escuela eso le venía como anillo al dedo. Consideraba que de esa forma conseguía llegar a ellos mejor. Quería avanzar y dejar atrás los métodos tradicionales de enseñanza.

Żukowski guardó los documentos en su carpeta correspondiente. Esbozó una sonrisa. Apartarse de los métodos tradicionales tenía sus recompensas. Su programa de enseñanza era decididamente mejor que el que ofrecía el centro de la competencia más cercano, la escuela de Lipowo, situada al otro lado del lago Bachotek.

Una vez ordenado el escritorio, el director salió para dar una vuelta por los pasillos, silenciosos en verano. Rozó con ternura las paredes, un tanto sucias. Antes de que comenzase el año escolar habría que volverlas a pintar, pensó. Debería habérselo encargado a alguien al principio de las vacaciones, pero entonces estaba de viaje por trabajo y el plan no había cuajado. El suelo crujía bajo sus pies. Durante todos aquellos años la escuela había sido su verdadero hogar. Y con más razón, sin duda, desde que se fue su mujer...

Prefería no pensar en su segundo hogar. Así era como se sentía el director Eryk Żukowski: la escuela era su auténtico hogar, y aquello, en cambio, no era más que el edificio donde vivía. No importaba lo mucho que se esforzase, siempre llegaba a la misma conclusión. A pesar de que en su granja, no demasiado grande, pero sí bien organizada, le esperaba Feliks.

Feliks. El niño nunca colmó las ambiciones que su padre había puesto en él. Feliks no llegaría a ser científico. ¡Bah! A pesar de sus veintitrés años, ni siquiera había empezado una carrera. Era demasiado débil de carácter para ello. Eryk estaba decepcionado con su hijo, pero nunca se lo había hecho notar, es más, siempre le apoyaba en todo lo que estaba en su mano. El director pasaba todo el tiempo que podía en el colegio, intentando olvidar esa dolorosa herida.

Żukowski recorrió el pasillo, echando un vistazo a la hilera de aulas. Gracias a eso, sus pensamientos dejaban de girar alrededor de su hijo. Era mejor así. Tenía que decidir lo que faltaba por hacer antes de que comenzase el año escolar. Se detuvo en la sala de biología, donde tenían una auténtica mesa de disección, así como equipamiento médico. Żukowski había dedicado muchos esfuerzos a conseguirlo, ¡pero al final lo logró! Eso también había tenido sus ventajas. Uno de sus alumnos de la escuela había sido admitido en la Universidad de Gdańsk para estudiar medicina. El director Żukowski lo consideró como un éxito suyo en general, y de esa mesa de disección en particular.

—¡Oh, está usted aquí, señor Director! —gritó su abnegada secretaria, Bernadeta Augustyniak. ¡No! Secretaria no, asistente.

—Bernadeta, te he dicho mil veces que me puedes llamar Escarabajo, como todos —dijo Eryk riéndose, y se colocó su gorra con visera favorita, que consideraba que le imprimía un aire juvenil.

Bernadeta Augustyniak rio como una alumna sorprendida con las manos en la masa. A pesar de los años que llevaba atendiendo a los alumnos tras una ventanilla, no había cambiado su tradicional indumentaria, un jersey con cuello a la caja y una falda hasta los tobillos. Una imagen que no pegaba nada con la del colegio. Sin embargo, era la mejor asistente que había tenido nunca, así que intentaba no quejarse de la más que anticuada vestimenta de la muchacha.